

tados Unidos no están ahora en libertad para ocuparse de la cuestión de reconocer un gobierno que pueda sustituir á aquel, en las futuras contingencias de la guerra.» A la vez que Mr. Seward dejaba su tradicional timidez, el Senado y la Cámara de Diputados de los Estados Unidos, daban muestras de su oposición á la Francia. El senador MacDougall presentaba unas proposiciones, señalando breve plazo para la retirada del ejército francés, en el concepto de que no efectuándola entrarían los Estados Unidos en guerra con la Francia, proposición que pasó á la Comisión de Relaciones Exteriores, siendo de notar que con este trámite se admitía ya á discusión ese asunto. En la Cámara de Diputados, Mr. Kasson hace una moción para que constara el desagrado con que los Estados Unidos veían la intervención francesa en México, proposición que fué aprobada.

Las demostraciones en los Estados Unidos contra la Intervención, crecían diariamente indicando la actitud imponente y resuelta de aquel pueblo. En la frontera entre los dos países, se hacían notables manifestaciones, apoyándolas el mayor general Herron y el brigadier general Hamilton, gobernador éste de Texas y comandante de la costa y frontera del mismo. En toda aquella parte fué distinguido con marcadas atenciones el Sr. José M. Iglesias, ministro de Justicia y Hacienda en el gobierno del Sr. Juárez; la vez que fué al puerto de Matamoros para asuntos del servicio público, le manifestaron los norte-americanos la buena voluntad que les animaba respecto del gobierno republicano en México. Fué obsequiado el Sr. Iglesias con frecuentes visitas, con paseos al campo y á las fortificaciones de Bronswille; expediciones en el Río Bravo hechas en vapores norte-americanos; colocación de la bandera mexicana en el lugar de honor; saludo con salvas de artillería al pasar el ministro juarista, y otros actos de cortesía y manifestaciones de aprecio que ninguna duda dejaban de la intención con que se hacían á un miembro del gobierno de Juárez, manifestando el sentimiento público dominante en aquella Nación, para auxiliar á los que aquí combatían la Intervención y el Imperio.

La Cámara de representantes de los Estados Unidos adoptó el 4 de Abril de 1864 por unanimidad, una resolución contra el reconocimiento de una monarquía en México, en los momentos en que Maximiliano aceptaba la corona. El gobierno de Washington se apresuró á prevenir á su ministro en Francia, que instruyese á este gobierno de que la Cámara había obrado por su propia iniciativa y que ese acto necesitaba, para revestir el carácter de legislativo, la sanción del Senado y la aprobación del Presidente de la República, el cual no pensaba apartarse de la política que había seguido hasta entonces. Cuando se presentó Mr. Dayton, el Ministro francés de negocios extranjeros le dijo: ¿Nos trae usted la paz ó la guerra? y al dar aquel las explicaciones de su gobierno, percibió la buena impresión que habían producido; entonces informó á Mr. Seward de que los comisionados del Sur en Europa, fundaban grandes esperanzas en una mala inteligencia con la Francia. Así pues, cuando llegó á México el Emperador Maximiliano, no fué reconocido por el gobierno de Washington, que continuó recibiendo como representante del gobierno de Juárez al individuo enviado por éste. En cambio, los gobiernos europeos reconocieron al gobierno presidido por Maximiliano.

CAPITULO DECIMOCTAVO.

Continúa la descripción del arribo de los Emperadores.—Solemne recepción en Orizaba.—Ceremonia de entregar las llaves de la ciudad.—Felicitaciones de las autoridades eclesiásticas y civiles.—Maximiliano se opone á que el pueblo tire de su carruaje.—Te Deum en la parroquia.—Rasgos democráticos de Maximiliano.—Felicitaciones y banquete.—Cansancio de los Monarcas.—Prolongan su permanencia en Orizaba.—Suben á caballo las cumbres de Acultzingo.—Continúan las ovaciones.—Solemne recepción en Puebla.—Fiestas para celebrarla.—Festejan en esa ciudad el cumpleaños de la Emperatriz.—Obsequios.—Preciosa espada ofrecida á Maximiliano.—Baile memorable.—Salen para Cholula, Huejotzingo y San Martín.—Costosa recepción hecha en México.—Entusiasmo que aquí muestran los imperialistas.—Sucesivas manifestaciones verificadas.—La capital se llena de forasteros.—Comisiones que salen á encontrar á los Emperadores.—Obsequios que se les dan.—Llegan los Emperadores al Santuario de Guadalupe.—Confieren allí con el marqués de Montholon.—Adornos en las calles de la capital.—Te Deum y felicitaciones.—Paseo, banquete y fuegos artificiales.—Hermosos salones improvisados en las calles de Plateros.—Visitas de los Emperadores á los establecimientos de beneficencia y las iglesias.—Gran victor de señoras.—La Regencia se retira desairada.—El general Almonte cae en desgracia.—El gobierno francés parecía haber conseguido sus fines.—Difícil situación de Maximiliano frente al general Bazaine.—Instrucciones del Mariscal Randón.—El Gobierno de Washington niega el *exequatur* á los cónsules del Imperio mexicano.

El 31 de Mayo (1864), al tercer día de haber llegado á Córdoba la comitiva Imperial, salió para Orizaba á las ocho de la mañana anunciándola el estallido del cañón; algunas músicas de los pueblos la siguieron hasta la garita de San José, continuando unidos á ella el Prefecto Político y otros individuos de la población. En Orizaba se formaron las tropas en la calle principal y porción de curiosos, á pié y á caballo, tomaron el camino de Escamela por la calzada de Santa Gertrudis. El Prefecto Político D. Ramón M. Seoane, acompañado del conde del Valle y otras personas, salió á encontrar á los Emperadores hasta la barranca de Villegas, punto intermedio entre Córdoba y Orizaba; poco después le siguió el alcalde municipal D. Albino Herrera para entregar á Maximiliano las llaves de la ciudad; también se habían levantado arcos con inscripciones y banderolas, en uno de ellos, al acabar la calle de Jalapilla, aparecía el escudo de armas del Imperio con el lema adoptado por Maximiliano: *«Equidad en la Justicia»*; á lo largo de la calle Principal levantaron postes cubiertos de ramaje y coronas de raíz de junco; así estaba también la calle de las Damas hasta la puerta de la parroquia. En el camino desde la Barranca de Villegas, habían levantado arcos los indígenas de los pueblos cercanos. Al frente de una vistosa cabalgata salió el Sr. José M. Bringas.

A las once entran á la ciudad varios carruajes conduciendo al conde y la condesa de Zichy, al de Bombelles y al marqués de Corio, que continuaron su viaje para Puebla y México. Los Emperadores se habían detenido para recibir felicitaciones y contestarlas. Terminada esta ceremonia en la Barranca, la comitiva imperial se puso en camino y fué recibiendo las ovaciones de los vecinos de los pue-

blos, colocados de trecho en trecho á lo largo de la vía, con ramas y flores; al pasar los Príncipes los vitoreaban con entusiasmo, agitando los sombreros y los ramilletes, ovación que se verificó desde el Fortín hasta Orizaba, es decir, en el espacio de tres leguas. Al llegar á la garita de Escamela, se detuvo la comitiva imperial delante del arco antiguo que forma por aquella parte la entrada á la ciudad, en cuyo arco y al rededor del escudo se leen estas frases que son la divisa de Orizaba: «Benigno el clima, fértil el suelo, cómodo el sitio, y leal el pueblo.»

Cerca de este arco se había formado con ramas y flores un salón rústico con techo de follaje; allí se había colocado el trono y delante una mesa cubierta con terciopelo carmesí bordado de oro, sobre la cual se veía la bandeja de plata conteniendo un elegante cojín con las llaves de la ciudad. En ese sitio esperaban las autoridades y empleados á la comitiva imperial; representaban al clero los Ilustrísimos Señores Colina y Suárez Peredo, obispo el primero de Puebla y el segundo de Veracruz, los curas de Orizaba é Ixtasoquiltán y otros eclesiásticos. Los Emperadores, al llegar á ese lugar, se apearon y se dirigieron al salón entre las dos alas que formó la multitud, deseosa de presenciar el acto de entregar las llaves de la ciudad, que Maximiliano recibió en pié, puesta una mano sobre la mesa y teniendo á su lado á la Emperatriz. El Prefecto municipal Sr. Herrera dijo el discurso que Maximiliano contestó en voz clara y sonora. En seguida subieron los viajeros á sus carruajes y continuó su marcha la comitiva.

Cerca de la capilla de Santa Gertrudis, donde empiezan las casas de la ciudad, un grupo de hombres quiso desenganchar las mulas del coche en que iban los Príncipes, y tirar del carruaje; Maximiliano se opuso y manifestó que no podía aceptar un homenaje de tal naturaleza, y ante la insistencia de los que pretendían tributárselo, hizo ademán de querer apearse; suplicó que le dejaran continuar de la manera que venía, ó que de lo contrario él y la emperatriz bajarían del coche para entrar á pie en la ciudad. Los manifestantes se conformaron con seguir á la comitiva imperial, vitoreando con entusiasmo á los monarcas.

A la una del día asomaba en la calle Principal la comitiva, anunciada poco antes por las campanas de la capilla de los Dolores. Abría la marcha numeroso piquete de caballería; los coches con las autoridades, obispos, ayuntamiento é individuos de la servidumbre imperial, yendo á los lados la cabalgata de ginetes mexicanos, al fin aparecía el carruaje con los Emperadores; ante ellos se ponían de pie los indígenas que iban dirigidos por los respectivos curas, presentándose los alcaldes con gravedad apoyados en sus bastones con puño de plata. Detrás del coche imperial, carretela fuerte y cómoda, tirada por ocho mulas grises, iban muchos individuos con lujosos uniformes, distinguiéndose entre ellos el general D. Francisco Tamariz. Entre las más ardientes manifestaciones continuaron por la calle Principal bajo los verdes arcos y siguiendo por la de las Damas, se apearon en el atrio de la Parroquia, donde los recibieron bajo de palio los obispos de Puebla y Veracruz, el cura párroco y otros individuos del clero; la comitiva entró al templo brillantemente alumbrado y adornado; los Emperadores ocuparon sus

asientos bajo el dosel, y cantó el Te-Deum el Ilustrísimo Obispo de Puebla. Terminado el acto, quiso Maximiliano ir á pie á la habitación que se le había preparado, llevaba del brazo á su esposa, y cubríanse ambos con un paraguas de la lluvia que comenzaba á caer, teniendo que caminar abajo de la banqueta, á causa de estar ocupadas las aceras por la multitud que se apiñaba en torno de ellos. Precediales el ayuntamiento con sus mazas y á dos pasos el Prefecto Político Señor Seoane, que acometido de un vértigo estuvo á punto de caer y fué sostenido por Maximiliano. El orden procesional se trastornó á tal grado, que de pronto fué la comitiva un pelotón en el que se confundían los municipales, los indígenas é individuos de todas clases y condiciones, y de esta manera llegaron los Emperadores á la habitación que se les tenía preparada, donde esperaba una comisión de señoras.

Después que terminaron las felicitaciones dadas por el general de Maussion con la oficialidad francesa y las del Ayuntamiento, salió Maximiliano al balcón para recibir los saludos de la muchedumbre. A las seis fué servido un banquete de cuarenta cubiertos, al que concurren varias señoras, los dos obispos residentes en la ciudad, el cura párroco, el general de Maussion y el coronel del 7.º de línea, los prefectos, el Sr. Chimalpopoca y otros invitados. Después de la comida pasaron al salón y Maximiliano estuvo conversando acerca del clima y de la vegetación de la comarca, ofreció dar impulso al progreso, procurando la pronta conclusión del ferrocarril; también la Emperatriz conversaba con las señoras. Deseosos de descanso, á las nueve se retiraron los monarcas á sus aposentos; pero á media noche un grupo de filarmónicos fué á cantar delante del palacio un himno, cuya letra pertenecía á D. Miguel Carbajal, vecino de la ciudad.

En 1.º de Junio continúan las recepciones y felicitaciones; las señoras del barrio de la Angostura regalaron á la Emperatriz una sortija que se puso inmediatamente en un dedo, asegurando que siempre la conservaría como dulce recuerdo de su paso por Orizaba. Los indígenas del pueblo del Naranjal precedidos por su cura también se presentaron.

A las diez fueron los monarcas á misa, y no hubo necesidad de boleto para entrar á la iglesia como el día anterior; después de la misa se dirigió la comitiva imperial á visitar los establecimientos de educación y beneficencia; al medio día entraban en el hospital francés. Después del almuerzo fué Maximiliano con su secretario el Sr. Iglesias á inspeccionar la cárcel, donde los presos le esperaban de rodillas, con cañas y ramilletes en las manos; les mandó que se pusieran en pié y entró á ver los calabozos. Volvió á su palacio y recibió los regalos de los indígenas, consistentes en ramilletes en forma de abanico, tejidos de palma con siemprevivas blancas y moradas y también le ofrecían pencas de plátanos blancos; las indias regalaron á la Emperatriz pañuelos, tórtolas y otros objetos de poco valor. Ese día mandó entregar Maximiliano trescientos pesos al prefecto municipal, para que los distribuyera equitativamente entre los hospitales y los pobres.

Visitaron el Colegio Nacional, la escuela gratuita de niñas, donde la directora

Señora Ana Barrientos, les regaló los pañuelos que habían presentado sus discípulas en el último examen; la gratuita de niños á los que los Príncipes hicieron varias preguntas principalmente sobre geografía, y les regalaron, lo mismo que á las niñas, moneditas de oro. En ese día hubo también convite oficial en el que se vió entre los generales y demás personajes, al Juez de paz del pueblo del Naranjal. En la noche gran baile en la casa del Sr. Bernard; presentáronse los obsequiados á las diez, pasando por una hilera de soldados franceses que tenían hachas de cera y fueron recibidos en la puerta por comisiones de señoras y señores. Maximiliano bailó en la cuadrilla de honor con la señora de Almonte, y la Emperatriz con este general; quisieron bailar otra vez y Maximiliano eligió á la Sra. Herrera, la Emperatriz al general de Maussion; también aparecía entre las parejas el general Brincourt con la Señora de Almonte. Los monarcas se retiraron á las doce, sin haber querido gustar del esquisito ambigú que se les había preparado y el baile continuó hasta las seis de la mañana. En las dos primeras noches no pudo lucir, por la lluvia, la iluminación de la ciudad.

El siguiente día, 2 de Junio, fué la Emperatriz á oír misa á la capilla del Calvario, y visitó á las monjas carmelitas de aquel convento, acompañada solamente de tres ó cuatro personas en modesta carretela; ofreciéronle las monjas un sencillo refresco y se colocaron todas delante de la mesa respectiva en dos bancas con los velos levantados por orden de la superiora. Mientras, el Emperador leía los manuscritos que le habían dirigido los presos y daba audiencia á varias personas que la habían solicitado. En la tarde fueron en coche á visitar la magnífica fábrica de Cocoloapam que dista una milla de Orizaba; al regresar dieron vuelta por el llano del Borrego, se apearon en la alameda para contemplar las pintorescas alturas que circundan la ciudad; en seguida comieron solos en su gabinete y el general Almonte presidió la mesa destinada á la comitiva imperial; fueron á ver quemar en la alameda los vistosos fuegos artificiales que había preparado el Ayuntamiento, ocupando los príncipes el elegante templete que la junta de comercio había mandado construir; acompañáronles allí comisiones de señoras, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

Al siguiente día 3, despues de producir en Orizaba las impresiones que fueron trasmitidas por toda la Nación, partieron de esa ciudad dejando nombrados caballeros de la Orden de Guadalupe al Sr. Seoane y á D. Tomás Grandisson, administrador de la fábrica de Cocoloapan y en libertad á varios presos. La Emperatriz nombró damas de honor á las señoras Josefa Carrasco de Salas y Concepción Tagle de Adalid, quienes desde luego comenzaron á desempeñar sus funciones. Las salvas de artillería, el repique de las campanas y el estrépito de los cohetes, anunciaron que la comitiva imperial se ponía en marcha.

Los vecinos de la Angostura adornaron la espaciosa calle con cortinas, banderolas y gallardetes y con arcos triunfales para que pasaran los soberanos; abrían la marcha un piquete de caballería y otro de cazadores, yendo en medio una docena de diligencias, coches y carretelas. El Ayuntamiento con sus mazas despidió á



El Marqués de Montholon.

Llamado á Francia Mr. Dubois de Saligny, representante de Napoleón III en México, le substituyó Mr. de Montholon que presentó sus credenciales á la Regencia el 17 de Enero de 1864. Vino con instrucciones especiales para arreglar los gastos erogados por Francia en la expedición á México, y firmó una convención relativa á este asunto; pero faltó dinero para cumplir lo estipulado. Otro de sus actos notables fué, la protesta dirigida al gobierno de Washington por el asalto de Bagdad. Dejó á México el 19 de Abril de 1865 y pasó de Ministro á Washington.